



III

Inmenso amor de Jesucristo después de la institución de la Eucaristía.—Influencia de la Eucaristía en los órdenes religioso, intelectual, moral y social.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.

Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

MATH. XXVIII, 20.

1. En uno de esos conventos solitarios, levantados sobre pelada roca y rodeado de millares de fúnebres cipreses, cuyos silenciosos claustros y sepulcrales celdas preservadas fueron del golpe fatal de la piqueta demoledora, y cuyo modesto templo franciscano conservó el culto religioso á pesar del revolucionario entredicho: se destaca en una de las blancas paredes que miran á la huerta risueña un modesto reloj, movido por el astro del día, al pie del cual se lee la inscripción siguiente: «Sólo el sol, el ser me da». Con efecto; quien da el ser y el movimiento á semejantes rústicos horarios es ese globo de luz que presta la vida á todos los seres de la naturaleza; y si alguna vez la luminosa esfera es interceptada por nieblas densísimas, entonces, cuando deja de enviar á la tierra sus ardientes rayos, el horario de pared cesa de tener movimiento.

Cualquiera dirá que me he entretenido en hacer una des-

cripción de los relojes de sol; mas cuando afirme que esa sencilla descripción no es más que un perfecto símil de lo que podía suceder á la Iglesia si tuviera interceptados los esplendentes rayos del Sol divino, comprenderá que si la Iglesia posee espiritual y social movimiento, que si el mundo tiene vida sobrenatural es porque el Sacramento del Altar no cesa de enviarles continuamente su hermosa luz, y de calentarles para que conserven la vida que les es tan necesaria. Y cuando la Iglesia de Dios, y cuando la sociedad humana, después de tantos siglos de experiencia, han conocido que no es posible en el camino moral dar un paso sin la Eucaristía, y que no es menos posible que el orden intelectual, moral y social adelanten progresivamente hacia su perfección respectiva, sin la influencia benéfica de este Sacramento deífico, entonces, y cada vez que han sentido el poder y la virtud y la mano impulsora del Sol eucarístico, han esculpido en los mármoles, han pintado en los cuadros, han grabado en las conciencias, han podido proferir también esta frase:—Sólo el sol el ser me da.

2. Pero este Sol eucarístico despide bellos fulgores y ardientes rayos á causa del amor. Es principio de esos fenómenos sorprendentes que se experimentan en la vida religiosa y hasta en la sobrenatural, en la vida de la inteligencia y de las costumbres, en la vida de la sociedad y de sus productos mixtos. El amor de Cristo sacramentado es el que fecunda á la Iglesia y á cuanto con ella se relaciona; y sin este amor no se explica de ninguna manera cómo el Verbo, Ser infinito, haya querido bajar á la tierra y conversar y habitar con el hombre para atraerle á él y á todas sus cosas. «Cuando yo fuere levantado de la tierra, dijo el Salvador, cuando yo fuere inmolado en infame madero, atraeré á mí todas las cosas;» sacrificio cruento que fué la señal de atracción universal, que fué la causa de que los hombres fuesen llevados con lazos de amor á Jesucristo. Pero este sacrificio, incoado por fuerza de ese misterioso amor del Redentor, debía perpetuarse para acabar de atraer al hombre; y con efecto, perpetuase todos los días mediante el santo Sacrifi-

cio de la Misa. Si todos estos bellos efectos reconocen por causa el amor, también este amor es efecto necesario de la presencia habitual de Jesús Sacramentado en la tierra. Al asegurar el Salvador á sus discípulos que subsistiría en medio de ellos hasta el fin de los tiempos, mucho les prometía merced á su divina y corporal presencia; es como si les hubiera dicho: No temáis, pues yo estaré con vosotros para ayudaros, para defenderos y hasta para daros vida; por medio de este Sacramento seremos unos, así como yo soy uno con el Padre (1). He ahí por qué de esta unidad portentosa, los miembros participan de la vida de la cabeza, los agregados reciben la influencia omnipotente é infinita de Aquél á quien se agregan, resultando esta radical transformación de los hombres, observada en la historia de veinte siglos, y notada al presente por los que admiramos lo que la Iglesia y la sociedad humana deben á Cristo en la Eucaristía.

Ya podréis adivinar cuál sea el asunto que me propongo desarrollar. Vedlo aquí: *Influencia del Sacramento de la Eucaristía en los órdenes religioso, intelectual, moral y social.*

§. I.

3. Todas las bellezas del dogma católico se compendian en la Eucaristía. En efecto: por ser Misterio de la fe, la Eucaristía es afirmación de todas las verdades católicas; por estar en Ella corporalmente Jesucristo, en quien se compendia el plan divino, es el complemento de las mismas; por venir Nuestro Señor substancialmente á nuestras almas, es el término, es el resumen de los dogmas aludidos. Siendo evidente que en el Misterio de la Encarnación se sintetizan todos los dogmas católicos, por ser él la llave de todos los misterios de Jesucristo, y porque en consecuencia todos los demás dogmas se dirigían y tenían por término á la Encarnación, también no es menos evidente que el adorable Misterio de los altares es término del amor que tuvo

(1) Joan.

Dios, al decretar que encarnase su Hijo; como es asimismo perfeccionamiento de la Encarnación, ya que la Eucaristía perpetúa sus frutos saludables. Por consiguiente, en el Sacramento del Altar se sintetizan la Encarnación y los demás dogmas del Catolicismo.

4. Que la Divina Eucaristía sea término del amor que Dios tuvo al llevar á cabo el Misterio de la Encarnación, vémoslo en que no se satisfizo plenamente con la unión verificada por este misterio. Él, desde el principio del mundo, tendía á unirse al hombre con lazo estrecho, apretado, firme, con vínculo indisoluble, según lo manifestó por los profetas: «Yo pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y andaré entre vosotros;» pero en la Encarnación, al tomar la naturaleza humana, sólo se unió á los hombres por gracia: unión que no le satisfacía bastante. Como su amor era más grande que el que había empleado en la Encarnación, deseaba patentizarlo, y de ahí que realizara, si la expresión es permitida, esa verdadera locura de amor, instituyendo la Eucaristía, por la cual, uniéndose á los hombres con el lazo más estrecho que caber puede, perfeccionó el amor que había significado al tomar la naturaleza humana. He aquí, pues, cómo Jesucristo completa su amor en la Eucaristía, y al propio tiempo cómo este Misterio es perfeccionamiento del amor manifestado en la Encarnación.

La Eucaristía, en efecto, eterniza los frutos de la Encarnación. Esta gran Obra tuvo lugar una vez solamente, y por ella derramó el Salvador sus gracias salvadoras; pero en la Eucaristía, considerada como Sacrificio, aplica continuamente esos dones benéficos y hace visible todos los días los Misterios de la Encarnación y Redención. El cristiano que no tuvo el inefable consuelo de contemplar á Cristo en carne mortal y recibir de Él las divinas lecciones, le adora siempre que lo pretende en la Eucaristía. Y no solamente, en este concepto, la Eucaristía eterniza los frutos de la Encarnación, sino que, considerada como Sacramento, los perfecciona también. Por la Encarnación unióse el Verbo divino á una sola naturaleza humana, y por la Eucaristía se une á cada uno de los

hombres, y les comunica realmente los tesoros de su gracia y su misma vida; por aquélla sólo los judíos y pueblos vecinos fueron testigos de su visita y de sus maravillas; mas por ésta los pueblos, aun los más incultos, son testigos de que Jesucristo ha venido al mundo en carne y espíritu humanos, y muchas veces testigos oculares de sus grandes prodigios; mediante la Eucaristía rogamos y obtenemos directamente de un Señor á quien poseemos en nuestras iglesias, lo que no podríamos efectuar de igual modo por la Encarnación solamente.

Ved, por lo tanto, á la santa Eucaristía ser complemento, perfección y perpetuidad de la Encarnación, y asimismo de los demás dogmas del Catolicismo, como también la bella cifra de los mismos y de todas sus bellezas.

5. Pero, la Eucaristía es, asimismo, vida del culto católico (1); ya que Ella es el alma nobilísima de toda la liturgia, y á la misma se dirigen y ordenan todas las ceremonias religiosas. Sin la Eucaristía no habría sacrificio perfecto, acto que constituye la hermosura de las mejores solemnidades católicas; es fuente purísima de piedad en los fieles, y dulce atractivo para que el pueblo cristiano frecuente diariamente nuestros templos. Por el Sacrificio de la Misa se ponen en activo movimiento los Sumos Pontífices, con sus decisiones litúrgicas; la Sagrada Congregación de Ritos, con sus respuestas sobre ceremonias y rúbricas; los venerables obispos, con sus decretos particulares respecto del buen orden y concierto en los templos; los reverendos sacerdotes, con la obediencia sumisa á aquéllos, y todo el pueblo católico en sus diversas categorías y dignidades, con la asistencia á esos actos bellísimos, que tan consoladores son. ¿Qué rúbricas, qué ritos, qué disposiciones, por insignificantes que sean, con tal que pertenezcan al orden religioso, no se ordenan á la sagrada Eucaristía? ¿Hay algo estético en la Iglesia de Jesucristo que no se dirija al culto del Sacramento Santísimo? Registrad todos los objetos que

(1) In 4 dist. 8, q. 1.

sirven al culto católico, no habrá uno siquiera que no se dirija al Dios del Tabernáculo. Desde la mejor custodia de oro, hasta la última candileja de cobre, todo tiende á honrar al Sacramento del Altar; todo se ha dispuesto en orden á Él; todo ha sido elaborado por causa de Él: el arte se perfeccionó á impulsos de la Eucaristía.

6. ¿No habéis visto una devota procesión del Santísimo? ¿habráse contemplado en la tierra espectáculo más solemne, ceremonia más tierna? Todo encanta, todo transporta: desde el aromático incienso en cuyas blancas espirales van mezcladas las fervientes plegarias de los fieles, hasta la tibia luz de la lámpara, centinela avanzado del Rey del sagrario, todo conmueve, todo arrebat. Para hacer resaltar más el punto que estamos tratando, suponed por un momento que no existiese la Divina Eucaristía. ¡Qué templos más tristes! de ellos habrían desaparecido con el Sacramento las mágicas bellezas que los ornaban; la poderosa fuerza de atracción eucarística, efecto de la cual los fieles corrían presurosos á buscar la fuente de aguas cristalinas, no existiría; los cristianos que, cual soldados veteranos de la santa milicia, hacían la guardia á Jesús Sacramentado, habrían desamparado los místicos lugares; las puras vírgenes, que se regalaban con el Cordero inmaculado, no se contarían; el culto, en consecuencia, dejaría de tener el sello que le caracteriza; sus ceremonias, á más de reducidas, no levantarían el ánimo á la contemplación de lo heroico, de lo sublime, de lo divino; los templos serían convertidos en moradas solitarias á donde el cristiano no entraría con aquella confianza y resolución de ánimo que ahora experimenta; en una palabra: la vida exterior de la Religión, de la cual constituye una gran parte el culto, sería una vida sin matices, sin belleza, sin energías.

7. No es, empero, intención mía afirmar que la Iglesia Católica, dado otro decreto divino, dejaría de subsistir sin el Misterio de la Eucaristía, porque lo contrario es evidente; lo que sí afirmo, con la común parte de los teólogos, es que dado el decreto presente, la Iglesia no puede subsistir sin

el Sacramento de los Altares; y no puede, porque de la Eucaristía recibe la vida. «El día que, como en Jerusalén abandonada, dice el Excmo. Sr. Murúa (1), dignísimo obispo de Lugo, faltase la Hostia y el sacrificio, cesaría el sacerdocio; ante el sagrario vacío enmudecería el oráculo infalible del que dijo: Yo soy la verdad; correría un frío glacial de muerte por los miembros que ahí reciben la vida y, al apagarse para siempre la lámpara del santuario, al nublarse la luz del universo, el príncipe de las tinieblas recobraría otra vez el primitivo dominio que sobre los entendimientos venía ejerciendo.» Ciertamente, si faltase la Eucaristía, y por lo tanto el Sacrificio, desaparecería el sacerdocio, ya que éste sin aquél no se concibe de ninguna manera; y faltando los sacerdotes, ¿quién habría que ministrase los demás sacramentos? ¿quién dispensaría el pan de la divina palabra? ¿quién sería mediador entre Cristo y los hombres? ¿dónde se sentiría el influjo de los ministros de Dios? Es por consiguiente evidéntísimo que, faltando el sacerdocio, desaparecería todo, incluso lo que restaría de Religión.

Es más; ¿dónde estarían, sin la Eucaristía, las sabias encíclicas de los Pontífices, que resuelven los problemas más importantes del tiempo y de la eternidad, esas profundas instrucciones emanadas de la Cátedra de Pedro, para el buen régimen de las sociedades? ¿De dónde adquirirían la fortaleza los valerosos mártires que vertieron su sangre en medio de tormentos horribles por la fe de Cristo? De qué parte tomarían fuerza y constancia los misioneros evangélicos para abandonar sus padres, su patria, sus bienes y honores, y pasar allende los mares, y recorrer las regiones inaccesibles, y habitar entre gentes desconocidas, muchas veces salvajes, y hacer prodigios de amor, y exponer sus vidas, y preferir la cruel muerte á la vil apostasía? ¿De qué medios se hubieran valido los penitentes ascetas y los solitarios anacoretas para llevar una vida tan pobre, pero dulce y alegre, exenta del comercio humano, y haber adoptado el

(1) Pastoral de convocación para el Congreso Euc. de Lugo.

trabajo forzado, aunque impuesto por ellos mismos? ¿Quién, finalmente, hubiera infundido la virtud de la fe y de la caridad admirables á los santos fundadores de las Órdenes religiosas, para llevar adelante un pensamiento que anonada, ya que habían de arrostrar millares de dificultades y peligros sin cuento? Sólo con la Eucaristía se explica perfectamente la existencia de semejantes hombres, verdaderos prodigios de la Religión y de la sociedad; y de Aquélla, en efecto, tomaron la fortaleza, el valor, la constancia y la abnegación para superar todo inconveniente humano; la Eucaristía es el muro inexpugnable que los defendía de todos los enemigos, la ciencia divina que les alumbraba continuamente, la vida sobreabundante que les fortalecía y les daba constancia insuperable. La Eucaristía es, por lo tanto, la causa eficiente del sostenimiento del Catolicismo, porque Ella le proporciona la vida, que le es necesaria.

S. Echad ahora una rápida ojeada sobre las religiones falsas y sobre las sectas heterodoxas, y notaréis que su culto carece de vital energía, porque también ellas carecen de vida. Aquí, todo es triste y sombrío; sus cuadros no inspiran; sus imágenes no conmueven; hasta el supuesto altar es mirado con indiferencia por sus adoradores; los sectarios entran en sus templos y no sienten el calor santo que vigoriza el espíritu y que se nota en los nuestros; experimentan que el corazón permanece insensible, porque ni se ablanda á las frías palabras del ministro, ni á las oscuras ideas de sus libros sagrados. Efecto de todo esto, los prosélitos de esas apócrifas religiones, á excepción de algunos ignorantes, no creen en su dogma, ni practican lo que prescribe su moral. ¡Ah! que la vida es necesaria para la existencia de la realidad, y en estas supuestas religiones no hay vida, porque cuanto poseen son apariencias de ella: sombras y accidentes solamente.

No digo yo que sucediese otro tanto á la Iglesia Católica sin la S. Eucaristía; pero repito, que dado el actual decreto divino le acontecería una cosa semejante; porque desde el momento en que la Eucaristía es el alma del culto católico y

la vida de la Iglesia, según he demostrado, ningún ente puede existir sin vida, y por consiguiente el Catolicismo, sin el Sacramento del Altar, quedaría en las sombras de la muerte.

9 Ante el poderoso calor del sol, pronto ó tarde, pero siempre, se disipan las nieblas. Ved aquí la historia de las sectas pérfidas ante el Augusto Sacramento: no pudieron sufrir los abrasadores rayos del foco divino sacramentado y fueron desapareciendo paulatinamente: unas veces disipadas como las nieblas; como el carbón consumidas otras veces. Levantad vuestra vista y fijadla en la parte más alta de ese cuadro histórico de la Religión. Ved, qué se hicieron los nicolaítas, los milenarios y los gnósticos; observad qué fin tuvieron los maniqueos y los arrianos; considerad á dónde fueron á parar los pelagianos, los nestorianos y los iconoclastas; todos, como grandes nubarrones que acompañan á ruidosa tormenta, fueron disipados por el sol de la Iglesia. ¿Dónde están aquellos famosos albigenses y sacramentarios que invadían las comarcas francesas? Dónde los protestantes según salieron de manos del impío Lutero? Estudiad á esta secta, la más perniciosa que ha habido en el mundo por sus irracionales principios, y funestísima por sus consecuencias fatales, y veréis cómo va fraccionándose en luteranos, calvinistas, zuinglianos, evangélicos, etc., quienes á su vez se dividen y vuelven á subdividirse, intentando cada sectario erigirse en caudillo de una nueva reforma: todas desaparecieron, como nubes de verano, al calor del sol divino sacramentado; y hoy ¿qué es lo que resta de los principios de Lutero? Todo, menos la primitiva reforma; de ella sólo ha quedado la indiferencia en materia de Religión, el libre pensamiento, el socialismo, la masonería, el anarquismo, el ateísmo, en una palabra. No creyó Lutero haber hecho tanto daño al Catolicismo y á la Sociedad. Pero todas estas evoluciones de los novadores desaparecerán al influjo de Cristo Sacramentado, como se han hundido ya en los sepuleros de a nada y del olvido docenas de fracciones de reformas contemporáneas.

§. II.

10. «Así como el génesis de la ignorancia y de las sombras que entenebrecen nuestra razón, dice el Sr. Murúa (1), fué el comer de un fruto prohibido, que llevó al hombre al absurdo de querer igualarse á Dios, el génesis de la iluminación espiritual es comer obedientes un manjar que nos regenera y une íntimamente con Cristo.» Á la verdad: la Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo viene á ser áurea llave que abre los ojos del alma para que vea los rectos senderos que Dios le traza, á fin de que asegure su salvación; y no solamente la Comunión es la que causa semejantes efectos, es también la Eucaristía considerada en sí misma. Por cierto: Jesucristo es la verdad por esencia; y esta verdad primera, que subsiste en el Sacramento deífico, esparce admirablemente luz al entendimiento, disipando sus penumbras y quizá las negras sombras que le ofuscaban. Nosotros no vemos con los ojos del cuerpo los bellos resplandores de esa luz divina, porque Jesús se encuentra velado con los accidentes de pan y vino; mas estamos firmemente persuadidos que la verdad por esencia brilla tras los cendales eucarísticos; y á la manera que la nube iluminaba á los israelitas en el desierto, así la luz de la Eucaristía, aunque misteriosamente cubierta, es como aquella nube que al través de sus grandes claros, despide rayos potentísimos á la luz de los cuales el cristiano camina con fe y confianza.

11. Llama la atención Sto. Tomás sobre aquellas palabras del Apóstol cuando habla del tiempo en que se instituyó la Eucaristía: *In qua nocte tradebatur*; y las comenta de este modo: «Fué conveniente que Cristo instituyera de noche el Santísimo Sacramento, porque el alma queda iluminada con la virtud de este Sacramento.» El Salvador, que practicaba todas sus obras con un fin sapientísimo, por la particular circunstancia de haber instituído la Eucaristía de noche, dió á entender que nos dió este Sacramento para

(1) Lugar cit.